

PERMEACIONES POSITIVA Y NEGATIVA ENTRE LOS NIVELES DEL IDIOMA

Andrés González Pagés¹

Introducción

Una causa de intervención de unos niveles del uso del idioma en otros es el desconocimiento de los mismos por parte de los hablantes, o su incapacidad de usarlos apropiada y oportunamente. Por ejemplo, desde el sismo de 1985 en la ciudad de México, D. F., se puso de moda la palabra “colapsar”, que en la jerga ingenieril significa destruirse, paralizarse o deformarse algo con brusquedad, debido a que los técnicos especializados en construcciones se expresaban así entonces en los medios de difusión. Antes, en México los edificios simplemente se caían o se derrumbaban (sistema y norma) o se venían abajo (norma y habla); pero como en 1985 los locutores y periodistas del país adoptaron el verbo “colapsar” de los ingenieros y lo transmitieron al público, éste ha olvidado hoy las palabras “caerse” o “derrumbarse” para el caso de las estructuras ingenieriles o arquitectónicas. ¿Bueno o malo? Sencillamente, el habla ganó una palabra de la norma a cambio de perder dos y una frase suyas en el caso descrito. Es lógico pensar que la fuerte carga emocional que aun hoy acompaña a toda referencia a aquel sismo fincó para un futuro más o menos largo la mencionada palabra en el ámbito general del habla en el español mexicano.

En cambio, cuando un niño descubre una palabra y la aplica aunque sea impropia a media comida, no obstante hacer reír a los familiares, el asunto es efímero y suele quedar sólo como anécdota (referencia) familiar. Lo mismo ocurre cuando un joven ingresa en el nivel de los estudios profesionales, digamos en medicina, y anuncia durante la comida familiar que le duele el “músculo esternocleidomastoideo”, en vez de decir, como sería lo normal, que le duele el cuello o que tiene tortícolis. Muy probablemente en este caso el extraño término será olvidado por los familiares después del momento jocoso, y el futuro médico seguirá empleándolo sólo en el ámbito de sus estudios o de su trabajo.

Un caso inicial de generalización

Proveniente del latín *causa*, el vocablo español “cosa” significó, desde los albores del idioma en el siglo XII, “Todo lo que tiene entidad, ya sea corporal o espiritual, natural o artificial, real o abstracta” (Martín. 1998:1246).

Desde luego, el vocablo aparece ya en las *Glosas de Silos* (segunda mitad del Siglo X), en el *Poema del Cid* y en Berceo.

Para algunos comentaristas de la *Internet*, como el señor Pedro Hermosilla, de Valencia, España, “COSA es probablemente la palabra de sentido más vago, más impreciso, el vocablo más vulgar y trivial de la lengua”.²

Frases como: ¿Qué cosa me decías?” o “Las cosas de la vida”, echan mano del recurso de abstracción, que para nosotros es, en primera instancia, una loable elasticidad y un notable universalismo de todo idioma, y que al igual que en los del español se halla siempre en sus comienzos. En español apareció ya en las glosas de Silos, en la segunda mitad del Siglo X.³ No en vano nuestro poeta inicial, Gonzalo de Berceo (S XIII), empleó el dicho término para escribir su memorable estrofa monorrima:

*Torrélo por miráculu que lo faz la Gloriosa
si guiarme quisiere a mí en esta cosa:
Madre plena de gracia, Reina poderosa,
tú me guía en ello, ca eres piadosa.*

Pero si es evidente que tan versátil palabra significó antes actitudes de universalización filosófica (-la cosa en sí”, por ejemplo, “lo que existe independientemente de nuestro conocimiento”, y algunas derivaciones- (Seco. 1999:1288) humor e incluso picardía, ha motivado asimismo en nuestro tiempo y en nuestro país, por ignorancia o por desidia, todo un vicio generalizado de construcción léxica. Para el señor Hermosilla “Vivimos en pleno ‘cosismo’... Precisamente porque se tiende a lo fácil, está dicho vocablo en todo su apogeo. En efecto, todo es COSA en este mundo, tomada la palabra en el sentido más amplio posible. COSA es un armario, es un lápiz, es... todo. Así, no es extraño hablar con frecuencia de ‘la cosa romántica’, ‘la cosa existencialista’, ‘la cosa poética’, ‘la cosa del ambiente’, etc.”, y para evitar este abuso recomienda un ejercicio interesante, que incluye frases como “La humildad es una cosa muy rara”, a cambiarse por otras como, en este caso, “La humildad es una virtud muy rara”.

Estamos de acuerdo. Por ejemplo, en una frase tan común en nuestro país como “Hay una cosa discutible en esto”..., se escamotea el vocablo “aspecto”, cada vez más en desuso al igual que muchos otros, por la misma causa. Ni qué decir de la derivación evidente de la palabra “cosa” en la palabra “onda” del español de México, que durante décadas ha venido significando asimismo una creciente pobreza léxica.

La virtud inicial del vocablo “cosa” ha devenido reducción del idioma por transferencia múltiple de vocablos de la norma al habla, con obvios resultados de empobrecimiento léxico en los hispanohablantes, no sólo de México. Dicha reducción se deriva de llamar hoy “cosa” (sustantivo neutro, abstracto) prácticamente a cualquier objeto (sustantivo específico), por carencia de léxico y no por actitud filosófica: “Pásame esa cosa”, por ejemplo, frase en la que se sustituyen cuando menos los vocablos “instrumento” o “adminículo” (todavía ubicados cuando menos en un cierto nivel de abstracción), y sin duda los nombres de muchos instrumentos o adminículos específicos (nivel de concreción).

El desprestigio del vocablo “cosa” ha alcanzado también, desde hace ya más de un siglo, el ámbito de la filosofía, según puede leerse en esta jerarquización léxica: “...la discriminación entre el fenómeno y el nómeno (Kant), o entre el fenómeno y la cosa en sí (Schopenhauer)”. (Seco. 1999:1288).

Otro ejemplo de generalización

Durante la primera mitad del Siglo XX, la frase: “Monarca del trincherazo” resultó de haber tomado un poeta popular y músico un vocablo del sistema de la lengua española, y otro de la norma de la tauromaquia, para juntarlos en una canción. Ese poeta popular fue el compositor mexicano Agustín Lara, quien lo hizo en su paso doble *Silverio Pérez*. Antes de seguir adelante, y aun cuando hicimos la llamada correspondiente al final del título del presente artículo, para ubicar esta lectura en el sentido que damos a los términos “sistema” y “norma”, recurrimos ahora a una muy condensada síntesis nuestra de la conceptualización que Eugenio Coseriu ha hecho de los niveles de uso de cualquier lengua:

“a) ‘Sistema’, el cual desde luego se halla a la disposición de todos los hablantes del mismo idioma, apto para al redacción de tratados que

deberán estar igualmente a disposición de todos sus lectores cuando los requieran, en el país en que se encuentren; b) ‘Norma’, nivel conformado por los modos regional o grupal del uso del idioma, característico, por tanto, de países, regiones, gremios o grupos sociales, siendo así el uso típico del periodismo o de los textos de una localidad, pues va dirigido a los lectores de allí mismo, y c) ‘Habla’, o sea el uso personal de quien habla o escribe, por lo que es el uso característico de los escritores, quienes buscan usualmente generar un ‘estilo propio’ o dotar de él a sus personajes, al menos cuando se trata de narradores”.⁴

Es ésta la nomenclatura que seguiremos en el presente trabajo, al margen de que “sistema” y “norma” signifiquen otras cosas diferentes dentro y fuera de la lingüística, y de que “habla” goce incluso de la consideración específica y distinta de un filósofo de la lengua como Edward Sapir, quien en 1921 la definió como el “...sistema auditivo del simbolismo lingüístico, el conjunto de palabras habladas”. (Sapir. 1954:32).

De igual forma que el poeta popular que aquí recordamos, un científico aficionado — cuyo nombre desconocemos— tomó del sistema de la lengua el término “monarca”, para otorgarle a la frase de la norma entomológica *Danaus plexippus plesippus* su conocido equivalente de “mariposa monarca”.

Si para el compositor mexicano el también mexicano matador de toros de su pieza musical era el príncipe del lance llamado “trincha” (al cual superlativiza en su canción), dada su destreza en el remate airoso y lucido de una serie de “pases” dados “por lo bajo” a la bestia con la muleta, para el científico aficionado la mariposa de la espectacular migración anual era, al momento de nombrarla —e independientemente de que pueda seguir siéndolo para los contemporáneos— la detentadora única de la longevidad como grupo multitudinario de lepidópteros, dada su característica de insecto altamente tóxico que le ha permitido carecer de depredadores.

Dicho sea de paso, hay un metalenguaje que se genera al convertir la frase del poeta popular en una alusión a los artistas o a los científicos plagiarios, pues aún hoy, a nivel del habla mexicana de muchas partes, se dice “clavarse” algo por “robarse” algo, debido a que el trinche se clava bien en lo que trincha. Así, “Monarca del trincherazo” es ya también, en este sentido y en el mismo nivel lingüístico, el ladrón intelectual, el que “se

clava” ideas u obras para exponerlas como tuyas. Este comentario, que pudiese parecer gratuito, encontrará aplicación más clara páginas adelante.

Siguiendo con el asunto Lara, este poeta es popular, entre otras cosas, por cuanto su fraseo musical no se corresponde siempre con la acentuación de sus frases idiomáticas:

*Monárca del trincherázo,
toréro, torerázo
de lá fiestá más bélla...*

En cambio en Beethoven, digamos, una hoy por hoy conocidísima frase musical (la primera de la “Oda a la alegría”) se asienta en un verso también inicial pero ya no tan conocido de Schiller, con una correspondencia impecable:

*Fréude, schönér Góttér fúnken Tóchter áus Elísium,
Wírbe tréten féuer trúnken, Hímmlisché, dein Héiligthum...⁵*

No se piense que despreciamos olímpicamente a los poetas populares, pues muchos acentúan excelentemente sus canciones. Y recordemos también, por ejemplo, para su explícito reconocimiento de nuestra parte, que lo era alguien tan significativo en la historia de la literatura española como Juan del Encina (1469–1529). Pero él mismo, al musicalizar sus propios poemas, no dejó de acentuarlos a veces incongruentemente, como es el caso del primero de los siguientes cuatro versos:

*Por unós puertós arríba,
de montáña muy escúra,
camináva el cavalléro,
lastimádo de tristúra...*

El asunto, común incluso a todo hablante, al menos urbano, tiene curiosas implicaciones lingüísticas. Por un lado, la permeación de vocablos a través de los niveles del uso puede conferir a la expresión hablada o escrita la mayor o menor riqueza que distingue a las diversas lenguas del mundo (en especial cuando se expresan por la poesía popular); por otra, contrariamente, puede implicar una transgresión, no nada más “estilística” sino aun de los significados, semántica, con una resultante que afecte la claridad necesaria para la comunicación de las ideas. Este fenómeno lingüístico, que pudo haber existido en el pasado, o siempre, caracteriza hoy, entre otros que comentaremos en un trabajo próximo, la escritura pública de México, misma que se enseñorea como un factor de confusión sobre todo en la cartelística comercial y en los anuncios televisivos.

Casos concretos

Un uso positivo: la palabra “valedor”

Esta palabra aparece ya en español en el Siglo XII!, con las acepciones de “(individuo) que vale” e “(individuo) que avala”. Martín Alonso (1998: 4112) registra su equivalencia popular mexicana y moderna como “hermano”, “mano” y “manito”, aunque la considera una acepción “más vulgar” que aquéllas. El escritor mexicano Tomás Mojarro tuvo mucho tiempo un célebre programa de radio llamado *Paliques y cabeceos*, cuyo conductor, el propio Mojarro, hacía referencia constante a sus “valedores”, o sea a todos los integrantes de su auditorio. De tal modo, el uso de la dicha palabra por parte de Mojarro era una reivindicación de la misma ante opiniones como la de Alonso. Además, el escritor mexicano se basaba en el uso que de dicho vocablo se hacía hasta la década de los años noventa en nuestro país, precisamente con el sentido de “hermanos”.

Distintamente de ese uso “popular”, el profesor Nicasio Salvador, de la Universidad Complutense, se refirió en 1998 a Gonzalo de Berceo como a “uno de los primeros valedores (avaladores) del castellano”.⁶

Se descubre en el uso popular mexicano un sentido semejante: al decirse “valedor” a alguien, se aludía al hecho de encontrar en él un aval al propio modo de ser de quien así lo llamaba. Desde luego, como no hay felicidad total, hay que decir que es una lástima que el vocablo “valedor” y sus derivados estén saliendo de circulación actualmente, al menos del habla del español de México. Ello, independientemente del origen inmediato (norma o habla) de la referencia para el trabajo del profesor español o del escritor mexicano.

Intermedio, sólo curioso

El término sistémico y normatístico que era (y sigue siendo) “traumatizar”; también lo era del habla, pero durante la segunda mitad del siglo pasado ésta le aplicó una síncopa insuperable y lo redujo a “traumar”. Hoy, en términos de la medicina física (norma), que es donde más se usa, sigue rigiendo el primero: “El exceso de sudor puede traumatizar” (título de un artículo aparecido recientemente en <http://revista.consumer.es/web/es/20040701>)

Finalmente, varios casos negativos

1. *Traslado semántico: el verbo “realizar” y sus derivados.* Un traslado aparentemente inocuo del sistema del español a las normas española y mexicana son los vocablos “realizar” y “realización”, que desde hace mucho suplen a verbos como “hacer”, “desarrollar”, “dar” y otros de la misma naturaleza, así como a los sustantivos cercanos a ellos. No nos referimos nada más a la consecución de un propósito, plan o fin, a la hechura de un experimento, al alcance de una meta, al logro de una intención o a la culminación de un programa, sino a toda una larga serie de actividades menores que del mismo modo vienen siendo “infladas” al expresarse su momento terminal con el sustantivo de marras, o con el verbo consecuente si es que se hallan en la etapa de planeación.

Así, se piensa realizar, o se han realizado, no nada más los ya dichos planes, fines, metas, experimentos, intenciones y programas, sino juegos, caminatas o ejercicios diversos, e incluso bocetos, primeros pasos o mediciones provisionales necesarios para planear o diseñar algo que deberá luego desarrollarse o experimentarse, “hacerse”, en general.

Una frase muy ilustrativa de este hecho sería: “Realizó la búsqueda; pero no encontró el dato que buscaba”. Desde el punto de vista que venimos argumentando, la realización se hubiera alcanzado precisamente al encontrarse lo que se buscaba, y no en la simple búsqueda. Si acaso, esta posibilidad se daría en un medio que valorase el trabajo hasta el grado de otorgarle una calidad de realización en sí mismo, lo que no suele ocurrir en nuestro medio. Como ya antes se dijo, el asunto es más bien un vicio derivado de la actitud demagógica o al menos sumamente distraída de quienes usan el verbo y el sustantivo de marras para todo.

Se ve que poco a poco, quizás por verse aumentadas las dificultades para hacer cualquier cosa en un mundo como el contemporáneo, los pequeños logros, los logros parciales, se fueron convirtiendo en “realizaciones”. Ya en el siglo XVII, por ejemplo, era un verdadero logro el de las naves mercantes que entraban en el mar Caribe luego de luchar contra los elementos y evadir a piratas y corsarios. Lo malo es que para quienes hoy nos informan sobre estos asuntos también un hecho ya tan sin problemas ni méritos

como el de separarse simplemente las naves, ya en el Caribe, para comerciar en distintos puertos de América, era asimismo una “realización”:

La entrada en el Caribe se *realizaba* tradicionalmente por el canal de Guadalupe y se continuaba por la ruta interior hasta Santo Domingo. En una primera etapa (1504-1560), en que ambas (f)lotas viajaban juntas, la separación se *realizaba* en este punto (Apestegui, 200: 58).

Y esto es lo que no puede justificarse, a riesgo del empobrecimiento del idioma y de una actitud autocomplaciente y reduccionista.

Otro ejemplo en el mismo (sin) sentido es el que sigue:

En Venezuela no existe un estudio detallado que indique verdaderamente cuál es el riesgo que existe en materia de huracanes (...) Mientras no se *realicen* (el subrayado es nuestro) investigaciones serias, cualquier declaración en ese aspecto es pura especulación.⁷

La realización, en este caso, será en realidad el alcance del conocimiento sobre el respectivo riesgo, una vez hechas las investigaciones “serias” que lo permitan.

En esta inflación del idioma ha contado quizás de modo fundamental la condición de “realeza” de la estructura del gobierno español, que en una primera manifestación relacionada con el propio idioma ocasionó que al investirse a los académicos de la lengua éstos resultaran ser “Excelentísimos (a la altura de Su Excelencia, el rey) Señores Dones”, mientras que los integrantes de las academias correspondientes de Hispanoamérica, Filipinas y los Estados Unidos de Norteamérica ellos sólo fueran “Señores Dones”. Ya después, el uso de “realizar” y “realización” ha servido en primer término para concretizar de continuo la proclividad normal a la grandilocuencia propia de los medios políticos, y en segundo la de sus canales automáticos de expresión y manipulación, que son los hoy llamados “medios”.⁸

¡Imagínense los buenos creyentes en Dios, de no cuidarse esta aberración léxica al menos en los lugares en que se usa profesionalmente el idioma, que el propio Dios dejara de ser dentro de poco el “Hacedor”, como se le ha nombrado normalmente hasta ahora con toda dignidad, para pasar a ser un “Realizador” a la sola altura humana (o bajura, no pocas veces) de un director cinematográfico o de espectáculos!

Pudiera explicar la psicología social las consecuencias de esta confusión continua entre una entidad léxica que simboliza un valor culminante y otras que no lo simbolizan. Por lo pronto, no puede dejarse de suponer que el bajo nivel moral que campea hoy en México está relacionado en buena medida con dicha confusión, así sea en calidad de condicionante suya, si bien tampoco deja de atraer la idea de que es asimismo una de sus causas.

A nivel filosófico, el mundo actual viene encontrando en esta clase de confusiones justificación para activar el mercado mediante la publicidad. Vemos en esto una combinación perversa entre la teoría macluhiana de los medios, en especial su consideración de lo que es un “medio frío” (teoría que su autor, Marshall McLuhan, lanzó a mediados del siglo anterior precisamente para desenmascarar y denunciar este mecanismo) y el aparente nihilismo de Jaques Derrida, quien en 1989 resumió así, cínicamente, su propia filosofía: “La estrategia sin finalidad —pues me sostengo en ella y me sostiene—, la estrategia aleatoria de quien confiesa no saber a dónde va...” (Derrida. 1989).

2. *Inversión de términos.* Un ejemplo reciente y cercano —pues estuvo dirigido en primera instancia a los estudiantes de la ciudad de Cuernavaca, Morelos, México—, fue un enorme cartel que desde la parte posterior de los autobuses de una ruta urbana se los invitaba a inscribirse a cierto centro de estudios que cubría una amplia gama de los niveles de su competencia: primaria, secundaria, preparatoria y licenciatura. Cada uno de estos nombres aparecía encima de un estudiante, en el orden que los menciono. Pero los estudiantes aparecían bajo esos nombres en orden inverso, de modo que podía interpretarse que el joven de unos veinte años era el que iba en primaria, y así sucesivamente. Podrá objetarse que el error es tan evidente que cae por su propio peso. Pero el hecho permite también hacer varias otras consideraciones.

Desde hace mucho tiempo, en México se ha dejado de leer con atención, lo cual ha sido aprovechado por no pocos periódicos, que en los titulares, sobre todo los de ocho columnas, afirman algo que luego es contradicho por la nota respectiva. Los empresarios que los dirigen saben bien que la mayoría de los lectores de ese titular son los transeúntes que pasan por los exhibidores, y por tanto les interesa dejar en ellos “noticias” que en realidad son mentiras o, cuando menos, “verdades a medias”.

Sabiéndose este efecto como se sabe, es altamente probable (en el sentido del porcentaje de probabilidad) que los lectores del cartel del párrafo anterior (un alto porcentaje de los cuales habrán sido transeúntes que sólo alcanzaron a verlo mientras el autobús se desplazaba) hayan percibido el error de “reajo”; es decir, inconscientemente.

Podrá preguntársenos ahora (concediéndonos que el asunto se ha debido a una intención manipuladora y no a un simple error, que por su parte hablaría de una irresponsabilidad de las empresas involucradas, pues no es verosímil que no haya pasado por la debida supervisión), cuál fue el objeto de tal conducta. Y no nos queda sino responder que se trata de un abundamiento en la confusión que aquí denunciarnos, o sea la insistencia en una forma de continuación del tradicional dicho que reza: “A río revuelto, ganancia de pescadores”. Es decir, que el clima general de confusión que priva en la escritura pública, aunado a la falta general de pericia en la lectura, es aprovechado por el sistema para mantener ese nivel de confusión mayor que abate la capacidad de juicio y vuelve indefenso al individuo ante el asedio de la propaganda comercial, con miras a su aceptación poco atenta de los productos que se le ofrecen. Es decir, que es una manipulación para reforzar el espíritu del consumismo.

3. *Modernización del léxico: altiplano y planicie.* Otro ejemplo de invasión de un nivel de uso del idioma por otro es el que el conocimiento geográfico de nuestro país experimentó hace algunos años, en el sentido de llamar “Planicie central mexicana”, como era y sigue siendo la norma respectiva, a la región antes conocida a nivel popular como “El Altiplano de México”. Fue como si de pronto los mexicanos hubiésemos dejado de llamar “perros” a los perros para llamarlos “canis canis”, porque así se conoce a dichos cuadrúpedos entre los zoólogos, aunque en el plano profesional la primera de estas palabras se escribe con mayúscula, y toda la expresión con cursivas, por tratarse de un nombre técnico. La actitud respectiva al Altiplano de México fue reduccionista por cuanto empobreció el idioma español, al menos en el ámbito nacional. Quienes defienden esta invasión postulan que emplear en el dicho caso la expresión “altiplano” es “obsoleto”. Puede serlo entre los geógrafos, pero no en el habla, estrato lingüístico en el que ahora sí pudiera comenzar a dejar de usarse, al menos en casos específicos como fue la guía *Descubre una cuenca, el lago de Pátzcuaro*. Se trató de una imposición del gremio respectivo. Por lo pronto, el término desechado sigue en uso por parte del sitio o página *web* de dirección www.universidaddelaltiplano.com, de México, además de por

la institución dueña de esa página, siendo ésta una referencia actual entre los otros 788 000 “resultados” que el buscador *Google* ofrece cuando se le pide que indague en la red general, precisamente, sobre el vocablo de referencia unido a la frase “de México”.

4. *Los ámbitos de lo fúnebre*. Otro ejemplo más de empobrecimiento del idioma, aunque en este caso con ganancia psicológica relativa, es la combinación que con el tiempo ha venido haciéndose de los contenidos de los siguientes vocablos:

Cementerio: del griego *koimeetéerion*, lugar de reposo. Pasó al latín como *coementarium*, quizás con el mismo sentido. En el siglo XIII era ya un lugar para enterrar cadáveres, descubierto pero bardado.

Panteón: del griego *pantheon*, templo de todos los dioses. Pasó al latín como *pantheon*. El edificio romano al que se dio ese nombre seguía teniendo el mismo sentido. Luego el cristianismo lo convirtió en el templo de santa María de la Rotonda, incluyendo en sus nichos a reyes y magnates, cobijados así por la Iglesia, como era lo normal en esa religión.

Camposanto: primeramente, en el último cuarto del siglo XIX, “campo santo”. Hoy, cementerio católico.

En el panteón o camposanto actual, que ya significa siempre lo mismo: lugar para enterrar cadáveres, sigue habiendo reyes y magnates, a los que se asimila así a la santidad e incluso a la divinidad, igual que a todos los mortales que en él “reposan”. Se trata, desde un punto de vista lingüístico, de un final hinduista para quienes en principio diferían de esa creencia. Ahora bien, de los reyes podrá pensarse que cierran así un ciclo, pues en lo profundo se los considera, y se consideran ellos mismos, como de origen divino. Es probable que piensen que salen ganando el cierre. Los hombres comunes, sabedores de que carecen de origen divino, ganan también el cierre, que es lo que les interesa. Pero los comerciantes, que sabedores también de su origen no divino un día fueron corridos del templo por Cristo, al obtener ganancia de cierre, que a lo mejor también les interesa, podrían librarse así, sobre todo, del castigo de la no visión de dios que el propio Cristo les había impuesto, superando entonces con mucho a sus compañeros de sepultura.

5. “*Coliformes totales*” y “*niveles de arsénico, plomo*”, etcétera. En la jerga de los biólogos suele haber frases como “microorganismos patógenos como coliformes fecales y totales”. Los primeros son bacterias que habitan en las heces y que pueden causar enfermedades a partir de la ingestión de agua contaminada, producto ésta, por ejemplo, de haberse descargado en ella el drenaje. Los “coliformes totales”, por su parte, es una prueba de laboratorio que indica la cantidad total de coliformes que hay en una muestra, sumando los patógenos y los que no lo son. Convendría, entonces, diferenciar entre “coliformes fecales” y los demás “indicadores” de patogenicidad que una muestra o un lugar puedan tener, incluida la cantidad total de coliformes.

Algo semejante ocurre cuando algunos químicos informan de “niveles de arsénico o de plomo”, o de otros contaminantes del agua, refiriéndose a un lugar del que se tomó la muestra analizada. Lo que hay en el medio de donde esa muestra proviene es una concentración determinada de los contaminantes, y no un nivel determinado de los mismos. Éste último se establece en el aparato o instrumento que se usa para el análisis de la muestra, o en el resultado de la operación matemática empleada para hacerlo.

En el primer caso debería diferenciarse entre los microorganismos y los otros indicadores de la contaminación biológica, y en el segundo entre las concentraciones existentes en el medio y los niveles indicados en la prueba respectiva de laboratorio o en la operación matemática que corresponda.

En estos dos casos, los vocablos “totales” y “nivel” pertenecen indistintamente a los tres niveles que Eugenio Coseriu ha descrito en cuanto al uso del idioma español: sistema, norma y habla. Pero la aplicación que de ellos se hace en los ejemplos citados resulta anárquica al reflejar su uso original, “críptico”, en el medio profesional de referencia. Al publicarse artículos de divulgación científica con el mismo tratamiento normatístico de esos vocablos, se incurre en la clase de confusión que desde estas líneas deseamos combatir.

Comentario final

Refiriéndose a otra clase de cambios idiomáticos, pero que implicaban, como los que aquí hemos comentado, una reducción en las posibilidades comunicativas de los distintos idiomas, Edward Sapir habló cierta vez de la “tiranía del uso” como su causa principal (Sapir.1954:115). Al respecto, él se refirió más extensamente a lo que llamó “el proceso de atenuación” de los idiomas, y explicó que “si (éste) continúa durante un tiempo lo bastante largo, podría ser que, algún día, no nos quede en las manos sino un sistema de formas de las cuales habrá desaparecido todo color vital y en el que sólo persisten por inercia, duplicándose mutuamente, con interminable prodigalidad, sus funciones sintácticas secundarias” (Sapir.1954:179). Es decir, podemos interpretar ahora, idiomas cada vez menos ricos y menos aptos para sostener la facultad comunicativa de los seres humanos y, en resumen, la propia condición humana.

El propio Sapir refiere casos de pérdida idiomática en el idioma inglés, que reconoce inevitables aunque sean “desatinos gramaticales” (Sapir.1954:179). Se trata, según el maestro de la lingüística moderna, de ejemplos de la “corriente transformadora” de los idiomas, a veces más fuerte que las reglas. Pero no deja de ser patético, al menos, uno de esos ejemplos suyos:

...al responder a una pregunta como *you're a good hand at bridge, John, aren't you?* (“tú juegas muy bien al bridge, ¿verdad, John?”), John respondería un poco desconcertado: *did you say me?*, y no *did you say I?* (“¿dijiste que yo?”). Sin embargo, esta última respuesta sería perfectamente lógica, como abreviación de *did you say I was a good hand at bridge?* (“¿dijiste que yo jugaba bien al bridge?”)... La serie *I: me, he: him, who: whom* es válida desde el punto de vista lógico e histórico, pero frágil desde el punto de vista psicológico...

La misma “fragilidad” podemos reconocer ahora en el “desatino gramatical” en que incurren los traductores de la edición de Sapir que venimos comentando, al no comenzar con mayúscula cada una de las frases de su cita, como marca la regla en el idioma español. Aun reconociendo nosotros la alta jerarquía intelectual de Margit y Antonio Alatorre, no podemos dejar de ver en esta omisión un guiño a la corriente esnobista de la “modernización” en el uso del idioma a la que nos oponemos, precisamente por considerarla, no como parte de esa corriente transformadora inevitable que Sapir señala, sino como embozada opositora a la educación idiomática como posibilidad de preservación de los valores nacionales mexicanos.

Regresando al ejemplo de Sapir, ¿no entroncará en un lamentable momento su “corriente transformadora”, con la flojera y la desidia a que nos referíamos al comienzo de este artículo? A creerlo así nos inclinamos, sobre todo al recordar de modo automático el absurdo destacado (criticado) por Lewis Carroll mediante este parlamento de dos sus personajes: “¡Se te ha hecho tarde a tú!”, le dice, sorprendida, la lagartija al conejo. “¿A yo?”, le pregunta éste, aún más sorprendido. Y, ello, sin que abundemos por ahora en lo del combate a los valores nacionales mediante la corrupción del idioma.

Referencias

Alonso, M. (1998). *Enciclopedia del idioma*. Madrid: Editorial Aguilar, 3 tomos, T. 3.

Apestequi, C. *Los ladrones del mar. Piratas en el Caribe. Corsarios, filibusteros y bucaneros. 1493-1700*, Lonwerg, ed., Barcelona, 2000. Las dos flotas a las que se refiere eran TAL Y TAL, las dos españolas, que habían viajado juntas desde España, precisamente para mostrar un frente más resistente en caso de asalto pirata o corsario.

Coseriu, E. (1982) *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid: Ed. Gredos.

Derrida, J. (1997). *El tiempo de una tesis: puntuaciones. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*. Barcelona: Proyecto A Ediciones.

Estatío "The Chaser" Gutiérrez, 18 de octubre de 2004, Caracas, Venezuela.

Instituto Mexicano de Tecnología del Agua (2005). *Descubre una cuenca, el lago de Pátzcuaro*, México, p. 121.

Palacios, L. (1967) *El juicio y el ingenio y otros ensayos*.

Sapir, E. (1954). *El lenguaje. Introducción al estudio del habla*. México: Fondo de Cultura Económica.

Seco, M. (1999). *Diccionario del español actual*. Madrid: Aguilar.

(<http://canales.larioja.com/cultura/lengua/6le.htm>)

¹ Su correo electrónico es andresgp_1999@yahoo.com

² Véase: http://es.pessado.com/blogs/Pedro_Hermosilla Fecha de consulta: 20 de noviembre de 2007.

³ Las glosas que contienen “protorromance hispánico”, que así se conoce al primer romanceamiento del latín al español, son poco más de 18 000, hechas a textos de libros de las bibliotecas de varios conventos de la región española de La Rioja, en especial los de San Millán de la Cogolla y Santo Domingo de Silos. El asunto que nos ocupa en este párrafo aparece concretamente en el Códice 46, fechado en 964, que es en su conjunto, según los catedráticos de la Universidad de La Rioja Claudio y Javier García Turza, “un diccionario enciclopédico de 20 000 artículos como los diccionarios actuales: de la A a la Z, en los que se recoge todo el saber de la época”. (<http://canales.larioja.com/cultura/lengua/6le.htm>)

⁴ Véase Andrés González Pagés, “Adopción excepcional de grafía átona”. *Razón y Palabra*, núm. 58, julio de 2007.

⁵ Alegría, bella hija de los dioses, hija de Elíseo;/penetramos, ardientes de embriaguez en tu santuario; ¡oh, celestes!

⁶ En el Congreso Internacional Berceo ante la Crítica Actual, celebrado en abril del citado año en el monasterio de Yuso, de San Millán de la Cogolla, La Rioja, España.

⁷ Estatio "The Chaser" Gutiérrez, 18 de octubre de 2004, Caracas, Venezuela.

⁸ Reducción de “medios masivos de comunicación”, como hasta mediados de la década pasada se les decía.